



La calle Ginza, corazón comercial —y de tráfico rodado— de Tokio.

a cuenta de las regalías, aparte de cobrar el 14 por 100 de las utilidades netas de sus socios japoneses.

Pese al siglo con que se mueven estas propuestas, se sabe que los japoneses exploraron en el Ecuador la provincia sudoriental de Zamora-Chinche, hallando cuantiosas reservas en la región de Nangaritza, frontera con el Perú.

Los japoneses sostienen —según **Petróleo Interamericano**— que el potencial de esta región sudamericana (los declives de la Cordillera Oriental, con dirección a la Hoya Amazónica) es superior al correspondiente al declive Norte de Alaska, descubierto en años recientes, donde se calcula una fabulosa reserva de 50.000 millones de barriles. Venezuela, país del continente petrolero por excelencia, tiene una reserva que se calcula en 14.000 millones.

Que el Japón perseverará en sus tentativas no ofrece la menor duda, especialmente si se toma nota de sus avanzadas negociaciones con el Gobierno de Lima, conocidas por la prensa internacional. Además, para el Japón, encontrar nuevas fuentes de hidrocarburos es asunto de interés vital, dado que el país enfrenta la paradoja de poseer una gigantesca industria, de rápido y diario crecimiento, mientras carece de recursos petrolíferos. Actualmente, el 90 por 100 de los crudos que consume el Japón se importa del Oriente Medio, zona del mundo a la que

Tokio mira con desconfianza, aunque sólo sea por el hecho de que durante la Crisis de Suez y la posterior guerra árabe-israelí, los embarques de petróleo para Japón se vieron seriamente afectados y amenazaron con producir el colapso.

Además, el Japón desarrolla industrias afines que son de las más grandes e importantes del mundo, como la construcción de barcos-tanques destinados a diferentes compañías internacionales y países. En septiembre de este año, los astilleros japoneses botaron uno de esos gigantes, el *Kikessí Maru*, con capacidad para tres millones de barriles de petróleo. Este barco —350 metros de largo, costo de 20 millones de dólares— no es más que una parte de la flota petrolera que construye el Japón, y se halla lejos de ser el exponente más grande, pues en los mismos astilleros se están fabricando dos barcos con capacidad de cuatro millones de barriles.

Otro ejemplo: el Japón necesita cantidades de petróleo en subida vertical para la variada industria petroquímica, dentro de la cual los plásticos que inundan los mercados del mundo son apenas una muestra. Todo esto determina la preocupación del Japón por encontrar concesiones en América Latina. Por lo mismo, las miradas de Tokio también se dirigen al Ecuador. ■ **JAI-ME GALARZA.**

## GONZALO R. LAFORA



El 27 de diciembre del año que acaba de concluir ha muerto en Madrid, a los ochenta y cinco años de edad, don Gonzalo Rodríguez Lafora. Discípulo de Cajal y de Achúcarro, de Ziehen, Mott, Kraepelin y Alzheimer inició sus investigaciones en Neuropatología, donde su nombre alcanzó, a los veinticinco años, en 1911, fama internacional tras el descubrimiento de los corpúsculos amiloideos («corpúsculos de Lafora») en el interior de las células nerviosas, como correlato anatómico de la epilepsia mioclónica degenerativa y progresiva (bautizada por el «Journal Am. Med. Assoc.» como «Lafora's disease»). Su figura ocupa un lugar central en la Psiquiatría y Neurología españolas hasta la guerra civil, a cuya terminación se exilia en Méjico. Durante años ocupó, por sugerencia de Achúcarro y para sucederle, el puesto de neuropatólogo del Manicomio Nacional de Washington. De regreso a España, trabajó en el Instituto de Investigaciones Biológicas, que dirigía Ramón y Cajal, en Neuropatología y Neurofisiología (trabajos sobre la fisiología del cuerpo calloso, sobre la corea y atetosis experimentales, sobre histopatología de la senilidad, de la parálisis general juvenil, de la encefalitis letárgica, de las encefalitis palúdicas, etc.). Pocos sectores de la Neurología y de la Psiquiatría escapan no sólo a su interés, sino a su protagonismo investigador. Baste decir que de 1911 data, por ejemplo, una conferencia sobre «Higiene mental», en el Ateneo de Madrid; del año 1921, sus consideraciones sobre los dinamismos psicoanalíticos de las psicosis paranoides; de 1955, su revisión para el Congreso de Neuropatología de Londres sobre fisiología y patología de los síndromes mioclónicos; de 1963, su último trabajo sobre psicosis seniles. En total, más de 220 trabajos. Fue jefe del Servicio de Psiquiatría de Mujeres del Hospital Provincial de Madrid, sucediendo a Sanchiz Banús, en donde se formó la mejor escuela de Psiquiatría clínica que hasta ahora España ha poseído... Lector infatigable, curioso de todo, del arte, de la Historia, viajó y dibujó España. Era ya un superviviente de una época definitivamente cerrada en Neuropsiquiatría. Su biblioteca, importantísima, prueba su relación viva con los grandes maestros —Pavlov, Bechterew, Sherrington, Nissl, Dejerine y tantos y tantos otros—. Era, por eso, algo insólito oírle, con su lucidez y valentía, con su libertad y su inmensa capacidad para el desprejuicio, y, al mismo tiempo, con una modestia intelectual verdaderamente ejemplar. Quince días antes de su muerte, a solas con él, pude todavía gozar de su curiosidad insaciable, de su afán inquisitivo de saber, de su generosidad en la comunicación de lo por él sabido.

Sólo le irritaban hasta el paroxismo la injusticia y la farsa. Se enfrentó a toda la Academia de Medicina cuando a la figura indiscutible de Pío del Río-Hortega se prefirió la del psiquiatra Villaverde para un sillón de la misma. Ya jubilado de su cargo en el Hospital Provincial, en 1959, se irguió él solo para requerir de la Sociedad de Neuropsiquiatría la valoración moral de alguien que, a su juicio, obstaculizó su vuelta a España y su incorporación al hospital.

Fundó, con Ortega y Gasset y José María Sacristán, «Archivos de Neurobiología», una revista en la que Cajal publicó su último trabajo. Hace cinco años, al cumplir ochenta, se le rindió homenaje y glosaron su obra y su persona Escardó, Germain, Alberca, Somoza, Llaveró, Valenciano, Sarró, Castilla del Pino, Lain Entralgo, Rodríguez Arias y Obrador. Fue miembro de la Royal Society of Medicine, de la Sociedad de Neurología de París, de la Sociedad Alemana de Neurología, de la American Neurological Association, entre otros muchos títulos.

Como en tantas ocasiones —en la de Duperier, en la de Rodríguez Moñino, en la de Tello (otro gran discípulo de Cajal), por sólo citar algunos casos que vienen a mi memoria—, en la muerte de Lafora, la España oficial, entretenida y sorda, estuvo, naturalmente, ausente. ■ **CASTILLA DEL PINO.**